

Miguel León-Portilla

La California mexicana
Ensayos acerca de su historia

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad Autónoma de Baja California
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

310 p.

Ilustraciones, mapas

(Serie Historia Novohispana, 58)

ISBN 968-36-4717-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/california/304a.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

XIII

EL PERIODO DE LOS FRANCISCANOS 1768-1771*

Momento difícil y de transición fue el de la breve etapa de actividad misionera franciscana en la península. Lo que ocurrió durante el lapso de menos de cinco años en que desarrollaron allí sus esfuerzos los frailes sucesores de los jesuitas, ha sido objeto de valoraciones no siempre objetivas. Se ha expresado en ocasiones que la fugaz estancia de los franciscanos en la California peninsular nada de bueno trajo para los nativos de la misma. Más aún, se añade que propició, en cambio, un desmantelamiento de los establecimientos misionales ya que se tradujo en la pérdida de muchas de sus pertenencias que fueron transportadas a la Alta California. Pienso, por mi parte, que para enjuiciar más adecuadamente lo que significó este arribo franciscano al territorio peninsular, deben tomarse en cuenta otros varios factores y circunstancias. Aquí recordaré lo más sobresaliente en lo que sucedió durante esos años, hasta el de 1772 que marca la llegada de los dominicos.

Un primer punto que debe tomarse en cuenta —en el más amplio marco del noroeste de la Nueva España— es la necesidad que se planteó a las autoridades reales de encontrar quienes sustituyeran a los jesuitas expulsos, no ya sólo en Baja California sino también en Nayarit, Sinaloa, Durango, parte de Chihuahua y Sonora, incluyendo el territorio de la Alta Pimería. En esa vasta zona habían laborado como misioneros los jesuitas. En buena parte se debía a ellos que esas regiones septentrionales estuvieran en pleno proceso de incorporación al ámbito jurisdiccional y cultural hispánico.

Los franciscanos, que tanta experiencia tenían en quehaceres misionales en territorio mexicano, vieron que sobre ellos recaían las miradas de personajes como el virrey Marqués de Croix y del visitador José de Gálvez. Se decidió así, entre otras cosas, que frailes egresados del Colegio de Santa Cruz de Querétaro, marcharan a las Pimerías, en tanto que otros de la provincia de Jalisco debían ocuparse en distintos lugares de Nayarit, Sinaloa y el sur de Sonora. El visitador Gálvez, que conocía a fray

* Publicado en: David Piñera Ramírez (coord.), *op. cit.*, pp. 117-125.

Junípero Serra, tenía determinado que éste y un grupo del Colegio de San Fernando de la ciudad de México, pasara a hacerse cargo de la evangelización en Baja California.

Hallándose ya en Tepic el padre Serra y sus acompañantes, entre ellos los bien conocidos Francisco Palou, Juan Crespí, Miguel de la Campa y Fermín Lasuén, preparándose para su embarque en el puerto de Matanchel con rumbo a la California, se recibió una orden del virrey que produjo no pequeña confusión. En vez de lo dispuesto en el sentido de que correspondía ir a la península a quienes procedían del Colegio de San Fernando, la nueva orden confiaba a éstos Sonora con algunos de los miembros del Colegio de Santa Cruz de Querétaro, en tanto que comisionaba a frailes de la provincia de Jalisco para que se trasladaran a la tantas veces mencionada California.

Así las cosas, el 19 de octubre de 1767 se embarcaron, no los fernandinos de fray Junípero Serra, sino los de Jalisco. El padre Serra, que no era hombre fácil en aceptar lo que no tenía por adecuado, dispuso que Francisco Palou y Miguel de la Campa fueran a hablar con el visitador Gálvez para exponerle lo que había acontecido. Tras conferenciar con éste en la ciudad de Guanajuato, pasaron a la de México, portadores de lo que escribió Gálvez al virrey Marqués de Croix. Dio éste marcha atrás, ordenando el pronto regreso de California de los frailes de Jalisco y la partida a esa península de quienes tenían al frente a Junípero Serra. La salida tuvo lugar en el puerto de San Blas el 12 de marzo de 1768. Serra y sus acompañantes viajaron en el barco que tenía por nombre el de *La Purísima Concepción* y que era el mismo en que habían salido expulsos los jesuitas. Casi veinte días duró la travesía hasta que el 1 de abril, viernes santo de ese mismo año, desembarcaron en el puerto de Loreto. Allí fueron recibidos por el gobernador Gaspar de Portolá y por el padre Manuel Zuzaregui que era el superior de los franciscanos de Jalisco, que entonces se aprestaron para su nuevo destino.

Para describir y valorar lo que fue a partir de ese momento la actividad de Serra y de los otros franciscanos, nos fijaremos en cuatro puntos o aspectos de particular interés:

¿Con qué recursos contaban y cómo se distribuyeron los franciscanos en el territorio peninsular?

Proyectos de Gálvez y Serra y conflictos de los misioneros con el gobernador de la California.

Toma de conciencia del estado en que se encontraban las misiones peninsulares.

Significación de la Baja California en la expansión misional que se inició en la Alta.

RECURSOS AL ALCANCE DE LOS FRANCISCANOS Y LA DISTRIBUCIÓN
DE ÉSTOS EN LA PENÍNSULA

A diferencia de los jesuitas, los franciscanos no iniciaron sus trabajos disponiendo de recursos económicos que se hubieran confiado a ellos como administradores únicos, ni tuvieron tampoco autoridad alguna sobre los soldados que había en los presidios y en las varias misiones. Las pertenencias de éstas, bastante exiguas por cierto, habían quedado confiadas, desde la salida de los jesuitas, a los antiguos soldados o a otros empleados o servidores que habían recibido el título de “comisionados”. En la mayor parte de los casos tales personas hicieron uso muy poco atinado de los recursos existentes. Así, las pequeñas parcelas estaban casi del todo abandonadas y el ganado de las misiones o había sido sacrificado para convertirlo en alimento o se hallaba disperso, en calidad de cimarrón, sin vigilancia alguna.

Los padres Junípero Serra y Fernando Parrón, el primero de éstos como presidente de las misiones, y el segundo como ayudante suyo, quedaron en la antigua misión y presidio de Loreto. Allí hubieron de acatar de hecho la autoridad del gobernador Gaspar de Portolá. En los otros centros de misiones, disminuidos ya en número, si se compara con los que existían en la época jesuítica y que muy pronto habrían de reducirse todavía más, fueron estableciéndose los varios subordinados de fray Junípero. En la cercana misión de San Francisco Javier Biggé quedó el estrecho colaborador de Serra, fray Francisco Palou. Más lejos, en La Purísima, se instaló fray Juan Crespi.

El resto de los franciscanos, tan sólo uno por cada misión, marchó a las de Santa María, San Borja, Santa Gertrudis, San Ignacio, Mulegé, Guadalupe, San José de Comondú, San Luis Gonzaga, Los Dolores, Todos Santos, Santiago y San José del Cabo.

Como habremos de verlo, los informes que sobre cada una de las misiones proporcionaron algún tiempo después los franciscanos que las tenían a su cargo, muestran de manera elocuente lo desastroso de la situación que prevalecía. Al desconcierto que había causado en los indígenas la violenta partida de los jesuitas, se habían sumado, entre otras cosas, la ya mencionada pésima administración de los “comisionados”, así como el flagelo de las epidemias que por ese tiempo se intensificaron en varias de las misiones.

Los informes, que luego citaré, hablan de todo esto con la perspectiva que dio ya a los franciscanos la estancia en sus lugares de trabajo. Fray Francisco Palou, que reunió la documentación informativa, despachada desde las distintas misiones, la incluye en su obra intitulada *Noticias de*

la Antigua y Nueva California.¹ Antes de entresacar de ella los datos que reflejan la situación que prevalecía en California hacia 1771, conviene atender a otros hechos que habrían de determinar en alto grado el futuro de los quehaceres franciscanos en esas tierras.

PROYECTOS DE GÁLVEZ Y SERRA Y CONFLICTOS DE LOS MISIONEROS
CON EL GOBERNADOR DE LA CALIFORNIA

El visitador José de Gálvez, que había demostrado ya considerable celo por reorganizar la administración política y la economía del vasto norte de la Nueva España, se trasladó a la península californiana, acompañado de un grupo selecto de oficiales. Embarcado en San Blas, el 24 de mayo de 1768, tras sortear vientos adversos que lo hicieron acercarse primeramente a la isla de Cerralvo, llegó al puerto de La Paz en la segunda semana de julio de ese año. De inmediato se trasladó al real de minas de Santa Ana, empresa establecida por el antiguo soldado Manuel Osio. Enterado de la decadencia de las misiones, su reacción fue condenar acremente a los jesuitas, culpándolos de pésima administración y de haber mantenido en aislamiento por tanto tiempo a la California.

Quiso entonces Gálvez introducir cambios de suma importancia en la península. A su juicio, de ellos se derivarían grandes ventajas. Entre otras cosas debían estrecharse las comunicaciones con Sonora y Sinaloa y había que iniciar de inmediato la expansión hacia el norte, es decir a la Alta California. De los múltiples proyectos de Gálvez para el desarrollo de California se han ocupado varios autores, entre ellos Ignacio del Río.² De manera sucinta cabe recordar, entre otras cosas, que concibió él la idea de establecer una escuela para capacitar marinos en Loreto, otra de artes y oficios en el Real de Minas de Santa Ana, así como la construcción de almacenes y otras instalaciones en el puerto de La Paz.

Informado de que algunas misiones, que contaban con buenas tierras, se encontraban casi despobladas, dispuso varios traslados de poblaciones indígenas. Suprimió las misiones de San Luis Gonzaga y Dolores y envió a los indígenas que en ellas sobrevivían a Todos Santos. A los de ésta, que eran ya muy pocos, los hizo pasar a Santiago. De San Javier hizo venir a otras pocas familias de cochimíes para que se establecieran en San José del Cabo. Algo semejante mandó se efectuara con respecto a los

¹ Francisco Palou, *Noticias de la Antigua y Nueva California por el R.P. fray Francisco Palou*, Documentos para la historia de México, Imprenta de Vicente García Torres, 1857.

² Ignacio del Río, "Los sueños californianos de don José de Gálvez", *Revista de la Universidad de México*, México, 1972, vol. XXVI, núm. 5, pp. 15-24.

catecúmenos que había en Santa Gertrudis y Guadalupe que debían pasar a Comondú y La Purísima. Consecuencia casi inmediata de esos traslados de indígenas fue que se acelerara más su declinación demográfica. En sitios como San José del Cabo el contagio, sobre todo de enfermedades venéreas y de viruela, dio pronto cuenta de casi todos los nativos llevados a ese lugar. En el caso de las misiones de San Luis Gonzaga y Dolores los guaycuras se rehusaron a vivir en el recinto de la población, optando por volver a su antigua forma de vagabundo, aunque fuera en un medio geográfico que les resultaba desconocido.

En tanto que los franciscanos se percataban de que cada vez se reducía más el número de sus catecúmenos, Gálvez quiso propiciar por su parte, el asentamiento de colonos criollos o mestizos, venidos de la Nueva España. De hecho, se conservan en el Archivo de Baja California Sur algunas de las más antiguas titulaciones de tierras, expedidas precisamente por el propio visitador.

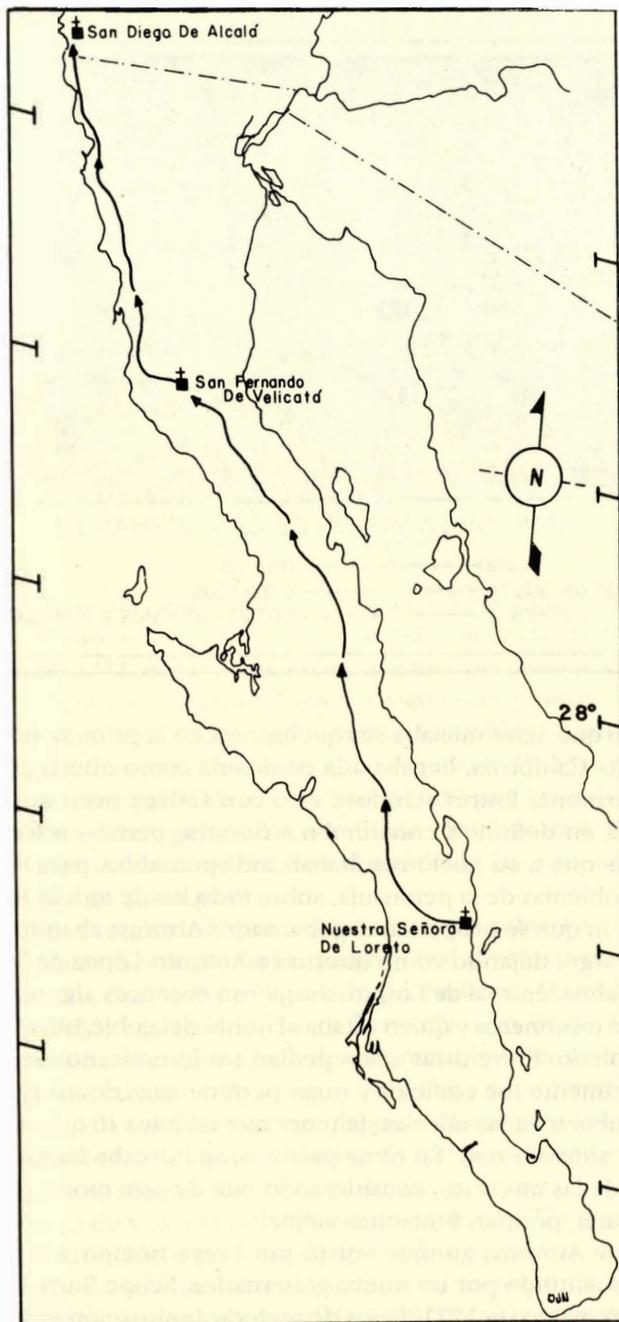
De todos los proyectos concebidos por Gálvez, en el que mayor empeño puso fue en el de avanzar hacia el norte, para establecer allí nuevas misiones. Con tal fin pidió a fray Junípero, que se hallaba en Loreto, fuera a entrevistarse con él en el Real de Minas de Santa Ana. Llegó Serra a ese lugar el 31 de octubre de 1768. De sus conversaciones se derivó un plan bastante preciso que iba a hacer posibles algunos otros cambios en la península y sobre todo la marcha hacia la Alta California. En lo que toca a la península, incrementó Serra el estipendio que debía darse a cada uno de los misioneros. La idea de devolver a los franciscanos el control sobre las temporalidades, base económica de los centros donde trabajaban, fue también objeto de consideración.

Tras de hacer del conocimiento de fray Junípero que tenía instrucciones para avanzar y tomar posesión de los puertos conocidos ya con los nombres de San Diego y Monterrey, obtuvo al fin de él favorable respuesta. El padre Serra decidió salir en persona hacia el norte. Con rapidez comenzó a disponerse todo lo necesario. Para contar con mayor número de franciscanos en la expedición, propuso Serra al visitador que las antiguas misiones de San José del Cabo y de Santiago se transformaran en parroquias a cargo de clérigos seculares. Obtenido esto en principio, Gálvez y fray Junípero salieron con rumbo a La Paz para aguardar allí la llegada del pequeño barco *San Carlos*, uno de los que se emplearían para el viaje a la Alta California. El *San Carlos* arribó a La Paz a principios de diciembre de 1768. Abastecido debidamente y llevando a bordo veinticinco voluntarios catalanes, así como al capitán Pedro Fagés, al ingeniero militar Miguel Costansó y al franciscano Fernando Parrón, el navío se hizo a la vela el 6 de enero de 1769. Serra y el visitador, que contemplaron su partida, se prestaron entonces para continuar los otros preparativos de

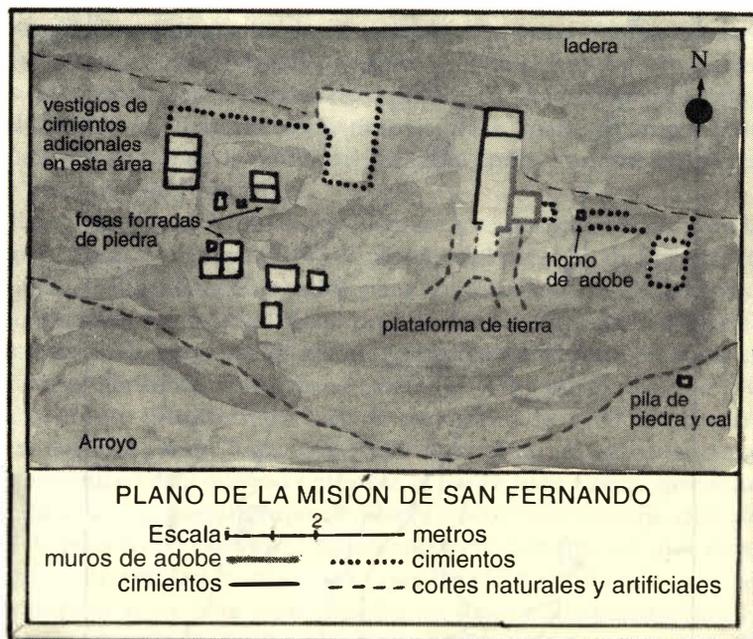
la expedición. Gálvez salió con rumbo a cabo San Lucas para esperar allí a la otra embarcación, el *San Antonio*. A su vez el padre Serra se dirigió a Loreto. El *San Antonio* había de permanecer poco tiempo en cabo San Lucas, ya que el 15 de febrero navegó en seguimiento del *San Carlos*, a lo largo de las costas occidentales de la península, con rumbo al septentrión. En el *San Carlos* iban otros dos franciscanos, Juan Vizcaíno y Francisco Gómez. El capitán de la embarcación tenía como nombre propio, el más bien “común”, de Juan Pérez.

Entre tanto se realizaban también los arreglos necesarios para la marcha por tierra. Como avanzada, el capitán del presidio de Loreto, Fernando Rivera y Moncada, había salido para reunir caballada, alimentos y otros objetos necesarios que le fueron proporcionados por los franciscanos de varias misiones. Pudo así iniciar su marcha desde Loreto, en compañía de otro contingente de voluntarios catalanes. Tras varios días de jornada, envió a Loreto un informe, el 20 de diciembre de 1768, haciendo saber que se hallaba en un lugar conocido como Velicatá, adecuado para un asentamiento. Serra ordenó entonces al padre Juan Crespí que saliera de inmediato a alcanzar al grupo de Rivera y Moncada. Crespí, que partió a fines de febrero de ese año, alcanzó aproximadamente un mes más tarde al capitán Rivera. Las instrucciones que llevaba Crespí eran en el sentido de continuar la marcha en compañía del grupo que comandaba Rivera. Esta primera expedición llegó al puerto de San Diego el 14 de mayo de 1769. Establecidos precariamente en ese lugar, aguardaron la llegada del *San Carlos* y del *San Antonio*.

Entre tanto el padre Serra, que tuvo que sobreponerse a la dolencia de una pierna seriamente llagada, reunió asimismo bastimentos y considerable número de implementos, necesarios para las misiones que debían establecerse en la Nueva California. Quien hasta entonces había actuado como gobernador en la península, Gaspar de Portolá, se anticipó a Serra, como lo había hecho Rivera respecto de Crespí. Fray Junípero, en seguimiento del gobernador, pudo partir al fin de Loreto el 28 de marzo del mismo año. Su mencionado padecimiento de la pierna no le impidió que fuera visitando varias de las misiones. Estuvo en San Javier con fray Francisco Palou y de allí pasó a la antigua misión de Guadalupe, de la que continuó hasta llegar a las más norteñas de Santa Gertrudis, San Borja y Santa María. Alcanzando a Gaspar de Portolá, llegó Serra el 14 de mayo al paraje de Velicatá. Allí fundó la misión de San Fernando, la única establecida por los franciscanos en la península. Entonces, según lo consigna el propio fray Junípero, “alabé al señor y besé la tierra”. Mes y medio más tarde, el 1 de julio, Serra, Portolá y quienes los acompañaban llegaron al puerto de San Diego. La expansión hacia el norte, anhelada sin éxito por los jesuitas, comenzó a ser realidad por obra de los franciscanos.



Caminata de fray Junípero Serra, 1769.



En tanto que Serra iniciaba sus quehaceres en la primera de las misiones de la Alta California, llegaba a la península como nuevo gobernador Matías de Armona. Entrevistándose éste con Gálvez poco antes de que éste partiera en definitiva con rumbo a Sonora, pensó en tomar varias providencias que a su juicio resultaban indispensables para atender los urgentes problemas de la península, sobre todo los de índole económica. Al no lograr lo que se proponía, el gobernador Armona abandonó por un tiempo su cargo, dejando como interino a Antonio López de Toledo, comisario del almacén real de Loreto. Surgieron entonces algunas dificultades entre los misioneros y quien estaba al frente del gobierno, el comisario López de Toledo. Entre otras cosas pedían los franciscanos se les reintegraran plenamente los edificios y otras pertenencias de las antiguas misiones y se liberara a las mismas de tener que adquirir lo que necesitaban a través del almacén real. En otras palabras, se buscaba hacer efectiva la autonomía de las misiones, considerando que de este modo, como en el periodo jesuita, podrían funcionar mejor.

Matías de Armona, aunque volvió por breve tiempo a la península, fue pronto sustituido por un nuevo gobernador, Felipe Barri, que llegó a California en marzo de 1771. Lejos de mejorar la situación, las relaciones entre los franciscanos y el gobernador empeoraron notablemente. De un

lado surgieron quejas de indígenas guaycuras que acusaron al misionero de Todos Santos de dureza y aun crueldades. Algo parecido ocurrió también en San Javier donde había laborado el padre Palou que, considerando falsas y tendenciosas las acusaciones emitidas contra sus hermanos de hábito, manifestó al gobernador que estaba resuelto a renunciar a todo lo que tuviera que ver con aspectos administrativos en el ámbito de la California. En medio de éstas y otras fricciones con Barri, llegaron hacia fines de noviembre de 1771 otros quince franciscanos que debían fortalecer las misiones existentes y organizar otras en el norte hasta establecer una línea de comunicación permanente con la de San Diego. Por lo pronto estos quince franciscanos partieron a laborar al lado de quienes tenían a su cargo las misiones, desde la de San Fernando hasta la más meridional de Todos Santos.

LOS INFORMES ACERCA DEL ESTADO EN QUE SE ENCONTRABAN LAS MISIONES PENINSULARES

El padre Palou en sus *Noticias de la Antigua y Nueva California* refiere que había recibido una carta del guardián del Colegio de San Fernando, de 1 de julio de 1771, “en que me pide un cumplido informe de todas las misiones[...]” Éste abarcó, entre otros, los siguientes puntos:

“¿Qué familias tiene cada misión, ranchos, pueblos, caminos, distancias? ¿Qué tierras hay para sembrar y qué operarios? ¿Qué yuntas de bueyes le han quedado, qué mulas y caballos? ¿Se obliga a los indios a buscar en placeres (de perlas) peligrosos, en donde los tiburones, tintorerías y otros peces matan a muchos? ¿Cuál es el estado de las misiones cercanas al Real de Minas de Santa Ana?

Los informes recabados, que incluyen noticias sobre las misiones de San José del Cabo, Santiago, Todos Santos, Real de Minas de Santa Ana, San Javier, Loreto, San José de Comondú, La Purísima, Guadalupe, Santa Rosalía de Mulegé, San Ignacio, Santa Gertrudis, San Borja, Santa María de los Ángeles y San Fernando, son de inapreciable valor para conocer la situación que prevalecía en la Antigua California poco tiempo antes de que salieran de ella los franciscanos, dejando el campo a los dominicos. No siendo posible hacer aquí un análisis de todos estos informes, entresacaré únicamente algunos datos de particular interés.

De la misión de San José del Cabo se dice que en 1771 quedaban sólo 50 personas entre chicos y grandes y que había pasado ya al cuidado de un clérigo secular. Información parecida se da respecto de Santiago. Se dice de ella que en la segunda mitad de 1769 “entró la enfermedad dicha (el gálico), y que acabó con todos los que habían ido de Todos Santos, y

cómo también murieron mucha parte de los naturales de Santiago, por cuya causa hoy día se compone de 70 hombres, entre chicos y grandes”.

De la misión de Todos Santos, a la que se habían trasladado los guaycuras de San Luis Gonzaga y Dolores, los informes son también bastante sombríos. Los indígenas, se iban por los montes. Debido a esto, y a la epidemia que se presentó allí, de los más de 700 indios trasladados, sólo quedaban en 1771 cerca de 170. Pasando a la misión de San Javier, después de ponderar que tenía una iglesia de buena fábrica (la que edificó el padre Miguel del Barco), se describe la decadencia económica en que se encontraba, por “la escasez de pasto, que todo lo quemó la langosta y, por la dicha falta, se ha muerto mucha caballada”. Como información de carácter demográfico, asienta el propio Palou que, desde que se hizo cargo de ella en abril de 1768, hasta fines de noviembre de 1771, “se han bautizado 83 párvulos y han muerto entre chicos y grandes 115.”

Respecto de Loreto se dice que, “en la visita que hizo el señor visitador halló la misión tan despoblada de indios que sólo se contaron 19 familias de casados”. No obstante que se trajo un cierto número de indígenas de San Javier y de otras misiones del norte, al final hubo de interrumpirse el proyecto de aumentar la población por la carencia de recursos. Al tiempo en que se redactaba el informe la misión tenía 40 familias y 160 personas. Lo expresado acerca de San José de Comondú, La Purísima, Guadalupe, Santa Rosalía y San Ignacio, refleja también gran penuria económica e impresionante disminución demográfica.

A continuación me limito a resumir los informes tocantes a las tres misiones septentrionales, situadas en el actual norte de la Baja California. La de Santa Gertrudis tenía una población indígena relativamente mayor. Su misionero había bautizado en cerca de tres años a 254 párvulos y había casado a 102. La misión tenía en conjunto 357 familias de casados, 41 viudos y viudas, 433 muchachos y muchachas, en conjunto 1 138 personas. Aspecto negativo era que, de todas esas familias, sólo cuarenta podían vivir en la misión, “porque es poca la tierra y corta el agua de riego”. Sobre la orden de Gálvez de trasladar a otros indígenas de esta misión a la de San José del Cabo, nota que “se resistieron y dieron a entender los neófitos que se irían con los gentiles”. Del pueblo añade que, además de su iglesia de adobe, hay “sus casitas para los indios, también de adobes, que está curioso; tiene sus parrales y árboles frutales de higueras y duraznos[...].”

A propósito de la misión de San Borja se dice que el franciscano que la tenía a su cargo durante los tres años pasados, ha bautizado 401 párvulos y ha casado a 273 parejas. En la cabecera de la misión vivían 44 familias de casados y tres viudos, en total 184 personas. Por otro lado hay cinco rancherías. Sumados los habitantes de éstas y los de la cabecera,

son 1 479 almas las que pertenecen a esta misión. Ésta cuenta con algunos recursos agrícolas y ganaderos. Dispone también de una lancha en la cercana bahía de los Ángeles.

En lo que toca finalmente a la misión de Santa María de los Ángeles señala que el sitio en que se halla es “tristísimo y muy funesto[...], está falto de pastos; se han sembrado algunos árboles y se han secado; se han registrado todos los contornos y no se ha hallado sitio alguno ni para siembras ni para ganado”. En resumen, el franciscano que tenía este lugar a su cargo ha informado que no es adecuado para misión. En ello concuerdan quienes han pasado por allí.

A modo de conclusión asienta el padre Palou que en las misiones existentes quedan únicamente 5 094 indios, contando hasta los de pecho. Al decir del mismo, “según los padrones que se formaron (cuando recibimos la California) ascendieron los nativos a 7 149”. El parecer es en extremo pesimista: “Se halla pues que se ha minorado el número en 2 055 por las enfermedades que ha habido los tres años y cuatro meses, y si prosigue así, en breve se acabará la California antigua”.

SIGNIFICACIÓN DE LA BAJA CALIFORNIA EN LA EXPANSIÓN MISIONAL QUE SE INICIÓ EN LA ALTA

Acompañando al informe que hemos citado formuló Palou otras consideraciones, una de las cuales pone de manifiesto que para él la empresa de las Californias (Baja y Alta) constituía fundamentalmente una unidad. De tanta importancia le parece la entrega de los franciscanos a esta tarea que habla de la necesidad de 54 misioneros. Y como piensa que difícilmente podrán venir del Colegio de San Fernando, insinúa la posibilidad de que procedan de alguna otra provincia franciscana o incluso de otra orden religiosa. Por su importancia y significación, en lo que concierne a las relaciones entre la Alta y la Baja California, transcribo en seguida este elocuente párrafo:

En cuanto al cuidado en lo espiritual y temporal han procurado los padres misioneros adelantarlas en cuanto ha sido posible, aunque los temporales y la plaga de la langosta han servido de atrasos pero los padres han procurado continuar en la educación y doctrina que tenían los padres jesuitas, como también en mantenerlos y vestirlos según la posibilidad de cada misión, aunque no falta quien diga que jamás ha comido ni vestido como en este tiempo, aunque no podemos dar razón del tiempo pasado; lo que sí puedo decir es que los indios están contentos.

Atendiendo a la empresa que tenemos entre manos, no puedo menos que hacerle presente los muchos misioneros que serán menester que son veinte y seis para los trece pueblos dichos: dos para la nueva misión de

Velicatá; diez para las cinco misiones que se han de poner en el país intermedio entre Velicatá y San Diego y diez y seis para las ocho de San Diego hasta el puerto de Nuestro Padre San Francisco, que todos hacen el número de cincuenta y cuatro misioneros; y que será forzoso haya algunos supernumerarios por los accidentes de muerte o enfermedad, y que el recurso del colegio está lejos, y viendo tanto número de religiosos, considero que es mucha carga para un solo colegio, por lo que convendría hacer la diligencia de ver si podían venir misioneros o de alguna provincia de nuestra religión o de otras religiones para que recibiesen aquellas misiones que están más apartadas de la frontera de la gentilidad[...]

Espero que vuestra reverencia lo acabará y, para más facilitararlo, puede hacer presente, a más de los muchos misioneros que son menester, la mucha mies que ese colegio tiene abierta en la gentilidad de Monterrey, el que desde San Borja hasta el cabo de San Lucas no hay pueblo en que se pueda propagar la fe, que es lo de nuestro instituto, sino conservarla en ellos. Y que no están ni estarán jamás para poderlos entregar al ordinario (a los clérigos seculares), porque la tierra tan infeliz no ayuda a sus naturales para que puedan mantener cura. Y así, por lo dicho, me parece conveniente el hacer lo posible para salir de estas antiguas misiones, y en caso de que no se admita la renuncia, a lo menos que conste en lo venidero que ya nosotros de antemano representamos que no serían capaces de pasar al ordinario, y no dirán se han perdido por los misioneros de este apostólico colegio.³

Lo insinuado por Palou, es decir la posibilidad de que otra orden religiosa participara en la empresa estaba de hecho en vías de convertirse en realidad. Desde poco tiempo después de la salida de los jesuitas, un dominico, el padre Juan Pedro de Iriarte y Larnaga, procurador en Madrid de la provincia dominicana de México, había solicitado ante el monarca se permitiera a su orden laborar en California. La petición fue recibida favorablemente. Poco menos de un año después de que se reunieron los materiales para el informe de Palou, el 14 de octubre de 1772 una avanzada de dominicos llegaba al puerto de Loreto.

Palou, que tras hacer las consideraciones que se acaban de citar, incluye información especial sobre la misión de San Fernando Velicatá, la fundada por fray Junípero, reitera las esperanzas que en ella habían puesto los franciscanos. Muestra luego cómo, en función de la misma, se inició el acercamiento a la de San Diego en la Nueva California. A modo de corolario subraya las necesidades que se tienen en materia de protección y de apoyo económico para mantener unidos y funcionando todos los centros, desde cabo San Lucas hasta San Diego, y “desde dicho puerto hasta el de nuestro padre San Francisco”, es decir hasta la bahía de tal nombre a la que pocos años después habría de llegar el padre Serra.

³ Francisco Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable fray Junípero Serra*, México, Editorial Porrúa, 1970.

La presencia franciscana en la Baja California fue antecedente sin el cual la penetración a la Alta o no hubiera sido posible o se hubiera pospuesto como más incierta y dificultosa. La experiencia de los franciscanos en la ruda geografía peninsular fue la mejor capacitación para pasar luego a trabajar entre indígenas que en lo general vivían en un ámbito mucho más favorable. Y a la experiencia franciscana obtenida en la península debe sumarse el conjunto de recursos que de las pobres misiones allí existentes pudieron reunirse para iniciar la magna empresa a partir del puerto de San Diego. Los primeros utensilios de labranza, las primeras bestias, los ornamentos y otros objetos para el culto religioso que llegaron a la California septentrional, fueron entrega que recibió ésta de los establecimientos del sur. Así, en función de la empresa franciscana, la península se hizo acreedora al título que le dio el norteamericano Arthur W. North de “Madre de California”.

Desde otro punto de vista, la exploración del noroeste de la Baja California, en la que participaron entre otros Serra y Crespí, hizo al fin posible que, más allá de San Fernando Velicatá, se estableciera el cordón de misiones dominicas, desde la del Rosario hasta la de El Descanso, cercana a la actual línea divisoria con los Estados Unidos. En escasos cinco años de presencia los franciscanos tomaron honda conciencia de los problemas bajacalifornianos. Gálvez formuló entonces ambiciosos proyectos para su futuro desarrollo. Y al emprender Serra la expedición al norte, abierto el camino para el establecimiento de las misiones dominicas y el cordón de sus fundaciones, iba a lograrse el máximo ensanchamiento de la Nueva España. Así, a lo largo de más de tres mil kilómetros, desde cabo San Lucas a la bahía de San Francisco, quedó la impronta imborrable de la cultura hispánica en su versión mexicana.

